

Marian Torrejón

BRILLO DE ASFALTO



Fórcola/Ficciones

BRILLO DE ASFALTO



BRILLO DE ASFALTO

Marian Torrejón

Fórcola/Ficciones

Fórcola/Ficciones

Director de colección: Amelia Pérez de Villar y Javier
Fórcola

Diseño de cubierta y maquetación: Silvano Gozzer

Corrección: Gabriela Torregrosa

Producción: Teresa Alba

Composición digital: Pablo Barrio

Detalle de cubierta: «21.27 pm», foto de Jael Levi

© Marian Torrejón, 2018

© Fórcola Ediciones, 2018

c/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

ISBN: 978-84-17425-58-6

Edición digital ePub, 2020

I

El Range Rover recorre la avenida desierta a toda velocidad. Retumba en el silencio de la madrugada la música que arroja la ventanilla del conductor: «forever young, forever young...». Una hilera de semáforos se pone a la par de color ámbar. Ahorrará tiempo si acorta por el centro. Sin pensarlo más, Serafín cambia de marcha y da un volantazo hacia la derecha para meterse en Hernán Cortés. Los faros del coche alumbran —durante apenas un instante— a un hombre con barba y pelo largo que abre mucho los ojos cuando le mira desde el centro de la calzada. El vehículo impacta contra él, un golpe seco y sonoro. Serafín da un frenazo, desconecta la música, abre la puerta y se baja del vehículo. Los faros continúan encendidos y el motor en marcha.

—¿Oiga? —pregunta a la oscuridad húmeda de la noche.

Los faros alumbran una calle desierta. Serafín va muy cocido, es cierto, pero también lo es que acaba de ver a un hombre de color gris, en medio del asfalto gris, y que el impacto contra él se ha notado de manera contundente. Ha sucedido de verdad. El morro plateado del vehículo no presenta ningún daño. Una levísima abolladura en el guardabarros, si acaso. Se agacha a mirar —las rodillas y las palmas de las manos apoyadas en el suelo— y descubre,

bajo el palio que forman el cárter y las cuatro ruedas del Range Rover, un gabán ceniciento desparramado por el suelo y una cabeza de pelo canoso, enmarañado y áspero sobre un pequeño charco de sangre.

—¡Por favor, una ambulancia!

Ningún sonido en el vecindario, ni siquiera el de algún grillo que se hubiera atrevido a romper un silencio helado, de asteroides alrededor de su órbita. Serafín se aleja todo lo que puede del vehículo y vomita un torrente de papilla líquida fermentada en alcohol. Se limpia la boca con un pañuelo de papel, saca el iPhone del bolsillo de su chaqueta y llama a la policía. Luego apaga el motor del todoterreno, que permanece en mitad de la calle con los faros encendidos. Se aleja de nuevo y se fuerza a vomitar, introduciéndose dos dedos en la garganta, sin más resultado que una serie de arcadas roncadas. Vuelve al coche, coge la botella de dos litros que suele llevar Carmen bajo su asiento y bebe todo lo que puede de ella.

Primero llega un coche de la policía municipal. Los agentes hablan a ratos a través del *walkie* y hacen serpentear el haz de luz de sus linternas mientras inspeccionan cada rincón. Serafín da explicaciones cuando le preguntan y, a veces, cuando no. Llega una ambulancia; después, la guardia civil; más tarde, el funcionario del juzgado que levanta el atestado con los ojos hinchados por la interrupción prematura del sueño. La calle Hernán Cortés acumula, en un cerco precintado, varios coches que cambian de tono al ritmo de luces parpadeantes de color

azul y naranja. En el vecindario se abren algunas persianas, se enciende la luz en algunas ventanas y en el cielo se empieza a adivinar la claridad que anuncia el fin de la noche.

El hombre ha fallecido en el acto. Un par de tipos con trajes oscuros introducen el cadáver, envuelto en un sábana y sobre una camilla, por la parte de atrás de un furgón. Mientras tanto, un agente de la guardia civil le toma declaración a Serafín. Él dice la verdad, que se tropezó con el hombre que estaba en mitad de la calle nada más entrar en ella y que nadie en esas circunstancias habría sido capaz de esquivarlo. Repite, las dos o tres veces que se lo preguntan, que iba muy despacio, a unos treinta kilómetros por hora, o menos, pero que estaba desde el primer momento tan encima del individuo que no le dio tiempo a reaccionar. Después de decirlo varias veces hasta él mismo llega a creérselo, lo de la velocidad. El *shock* le ha rebajado la confusión de la borrachera y es capaz de contestar con cierta lucidez a las cuestiones de los oficiales. Por suerte, el alcoholímetro del que disponen no funciona correctamente, tienen que traer otro y tardan mucho más de lo que habría sido lógico en hacerle la prueba, de modo que antes de soplar en el aparato le da tiempo a beberse entera la botella de agua —a grandes tragos que da con disimulo cuando los demás andan ocupados en sus trámites— y a orinar un par de veces contra una esquina apartada, lejos también del charco de vómito de hace casi un par de horas. El resultado da positivo, pero en niveles no del todo

alarmantes. De todas formas, como sabrá más adelante, es posible que ni siquiera esa circunstancia le acarree consecuencias. Si no hay denuncia posterior y el abogado es lo suficientemente hábil como para demostrar que ningún conductor habría sido capaz de esquivar a la persona que se le echó encima, la sentencia podría resolverse con el simple pago de una multa. Aunque la cifra, eso sí, escocería. También podría ayudar el hecho de que el atropellado fuera un borrachín solitario, un indigente a cuyo entierro sin lágrimas ni flores acudirían sólo los empleados municipales encargados de darle sepultura en un nicho de beneficencia.

Son más de las seis de la mañana cuando Serafín puede marcharse a casa. Carmen se levanta de la cama al oír la llave. Lo recibe envuelta en su batín de raso negro con estampados de inspiración japonesa y los brazos cruzados. Serafín frena su avance al ver la expresión severa de su rostro, ausente de maquillaje y con el brillo que le da una capa abundante de crema nutritiva.

—¿Así es como piensas arreglar los problemas de Sebarit?

—No te vas a creer lo que me ha ocurrido, Carmen.

—Puedes apostar lo que quieras.

—He matado a un indigente.

II

Carmen fue la primera empleada de Sebarit. Había terminado la carrera de Económicas y conocía los productos, si bien —provenía de una familia de charcuteros— en su versión más adocenada. De acuerdo con los planes de Serafín, la persona elegida debía tener capacidad para realizar todas las tareas en la tienda, de principio a fin, desde despachar y asesorar a los clientes hasta cuadrar la caja y presentar las cuentas ante la Hacienda pública, además de tener un grado de refinamiento apto para afrontar con éxito el trato con los compradores de Sebarit. Tal como el propio Serafín decía, sus clientes eran consumidores con paladar selecto y un bolsillo capaz de alimentarlo con sus productos: patés y quesos artesanales, bebidas con numeración en la etiqueta, conservas exquisitas y todo tipo de comestibles y condimentos destinados, en definitiva, al deleite sibarita.

Carmen se involucró en el negocio como si fuera suyo. En los sucesivos establecimientos que se abrieron más adelante, colaboró con Serafín en asuntos prácticos de intendencia, decoración, obras que había que acometer para dejar el local en condiciones, altas de luz y agua, y hasta participó en el proceso de selección de personal para las nuevas tiendas. Fue su mano derecha en todos esos

asuntos y continuó al frente de la primera tienda Sebarit hasta que se casaron.

Serafín no recordaba haber tomado una decisión clara en ese sentido. Más bien lo consideraba la culminación de un proceso natural, algo con lo que se había encontrado, sin buscarlo, después de que todas las fuerzas y los vientos le arrastraran de modo espontáneo hasta allí.

Serafín viajaba por toda España y por el resto del mundo en busca de caviar iraní y ruso, *whisky* destilado en Escocia de manera artesanal y, en general, de los mejores productos de cada lugar. Al mismo tiempo, se ocupaba de asentar vías tanto para la exportación de los productos autóctonos —trufas, aceite de oliva selecto, vinagre de Lérida, vino Vega Sicilia, chocolate de Astorga...— como para la importación del mejor género de otros lugares. Ofrecía sus artículos a los consumidores particulares a través de la tienda y servía a domicilio a un puñado de buenos restaurantes, sin coste adicional, dentro de la ciudad.

Pasados unos veinte meses desde su apertura, la primera tienda Sebarit resultó insuficiente para abastecer la demanda de su mercancía exquisita, que, según palabras del propio Serafín, fue recibida por los compradores con alfombra roja y orquesta, en una época en la que crecía por momentos el número de restaurantes en la ciudad —cada semana se inauguraban varios en todos los barrios— y la gente, tanto la que acudía a Sebarit en busca de productos sofisticados como la que no, había desarrollado una cultura

culinaria cada vez más refinada y cosmopolita. En un tiempo récord, sobre todo si se tiene en cuenta el bajo nivel del que se partía, todo el mundo se había convertido en un gran experto en vinos y restaurantes. Gentes alimentadas desde la niñez a base de huevos fritos con patatas, potajes de garbanzos y lentejas ahora sólo probaban platos que sus abuelos jamás habrían reconocido ni por su nombre ni por su aspecto. Los lenguados meunière y las tristes merluzas a la plancha formaban parte de la prehistoria en las cartas de los restaurantes, llenas ahora de lubinas salvajes y rapes acompañados de espumas, caramelizados, terrinas, *foies* y otros alimentos cocinados con procedimientos propios de un laboratorio. Lo contrario era considerado de gentes ancladas en la miseria o en la antigüedad, cuando no en ambas realidades. Todo eso pensaba Serafín, que vio en ello una oportunidad dispuesta para ser aprovechada.

Desde el principio, Serafín tuvo como objetivo la expansión del negocio. En cuanto se vio desbordado por la demanda no tardó en buscar ubicación para abrir un segundo establecimiento. El local elegido estaba situado en un pueblo del área metropolitana de la ciudad, con gran densidad de población, donde a los residentes habituales se habían venido a sumar los vecinos del núcleo urbano que huían de los precios desorbitados de las viviendas.

El día que inauguraron la segunda tienda Sebarit, Carmen y él se fueron a cenar para celebrarlo. Ella se había puesto un vestido rojo anudado al cuello, con los hombros y la espalda al aire. Mientras Carmen hablaba

frente a él, Serafín reparó por primera vez en el brillo acharolado de su melena negra, tupida y lisa, que le recordó a la de Anabel. Brindaron con vino ecológico por la buena marcha del negocio; pidieron pavo trufado (con trufa de Morella, recién servida al restaurante por Sebarit); le preguntaron al camarero —que ignoraba quiénes eran— acerca de sus productos, y todos fueron alabados por el joven. Al pedir la ensalada, Carmen exigió, guiñándole un ojo a Serafín, que la aliñaran con aceite de oliva Molin.

—Por supuesto —contestó el camarero, algo ofendido—, nuestra ensalada aromática siempre viene condimentada con Molin.

Para los postres, teñidos sus dientes de rosa después de muchas copas de vino ecológico, Carmen tenía los ojos entrecerrados y la sonrisa inalterable mientras se quitaban uno a otro la palabra y se contaban aspectos desconocidos de sus vidas fuera de Sebarit.

De lo que hablaron en el pub al que fueron a tomar después la copa, Serafín no fue capaz de recordar ni una sola palabra. Sólo vagas imágenes que comprendían la figura de Carmen y el escaso pedazo de espacio que la rodeaba físicamente: un halo borroso recortado en el aire, como los que llevan las vírgenes en las estampas, y el recuerdo de haber permanecido ambos apoyados en la barra, de pie. Nada acerca de la decoración del local ni del resto del ambiente, personas o cosas. Tampoco de cuántos *whiskies* se metió él entre pecho y espalda, ni de cuántos *gin-tonics* se tomó ella antes de que alguno de los dos —

quién sabe— le sugiriera al otro que se fueran juntos. Sólo recuerda que se despertaron en su cama, los dos desnudos, y que nunca supo —habría sido imperdonable preguntárselo a Carmen— si habían hecho algo, o qué, aquella noche.

Serafín acababa de cumplir treinta y cuatro años. El que más y el que menos, todos sus amigos estaban colocados. Anabel se había casado hacía poco y sabía por unos amigos comunes que estaba embarazada. Carmen, dos años mayor que él, era atractiva y estaba allí. Además —tal como él solía decir cuando anunciaba la boda a las amistades—, era una oportunidad de dar satisfacción a su padre, un subteniente de la guardia civil, muy patriota, que opinaba que en todo hogar español como Dios manda debía vivir siempre, como mínimo, una Carmen.

—A la Carmen ya la tengo —decía—. No es un mal comienzo.

Tal vez, ella se lo contó en alguna ocasión que él no recordaba. Quizá se lo dijera alguna noche, mientras el licor se deslizaba como dueño y señor por su aparato circulatorio y el centinela de la memoria se encontraba dormido. Pero lo más fácil es que nunca se lo hubiera dicho: que cuando era jovencita la llamaban la Chori —cuando no la Choricera—, y que de pequeña fue una niña gorda que tuvo que sobrellevar ese nombre, entre otras burlas, debido al negocio de sus padres y a que le tocaba ayudarlos los sábados por la mañana a vender embutido en el mercado. Serafín se enteró de todo eso después de

casarse, al relacionar comentarios y conversaciones ajenas. Se lo preguntó un día y ella le confesó que sí, que así era. Lo del nombre y lo de su volumen corporal. Había continuado con esas mismas dimensiones hasta que tuvo veinticuatro años y se sometió a un estricto régimen con el que perdió casi tantos kilos como años tenía.

Por la misma época en la que ellos se casaron, año arriba, año abajo, se casaron todos sus conocidos. Acudieron a un buen puñado de bodas en las que Serafín tuvo la oportunidad de conocer a la pandilla de adolescencia de Carmen, esa hermandad que —según él— cristaliza en un mineral eterno y coloca para siempre a los colegas de juventud bajo la categoría de amigos, aunque se trate en algunos casos de personas que con el paso de los años se han convertido en perfectos desconocidos.

Fue en la boda de Inés, una amiga de Carmen. Después del banquete se habían reunido todos en torno a la barra, al calor de las copas gratis y de los *flashes* que iluminaban de cuando en cuando al clan. Posaban amontonados con los vasos en alto por grupos temáticos: ahora ellas, ahora ellos, ahora los casados, ahora los solteros, ahora todos juntos. Alguien reclamó una nueva foto de chicos:

—Venga, antes de que nos quedemos todos calvos. ¿Quién la hace?

—La Chori, que tiene mucho arte con las manos —soltó José Carlos, un tipo con la nariz aguileña y un flequillo, muy lejos todavía de desaparecer por la calvicie, que le tapaba media cara.

—Venga, Chori, haznos una —contribuyó Toni, un larguirucho con la frente tan grande como el resto de la cara, como una ficha de dominó puesta de pie con la parte de arriba en blanco.

—Iros a tomar por saco —contestó Carmen.

—No te enfades, mujer, que va de coña —insistió la ficha de dominó—. Venga, cógela. La cámara.

Risa general.

—Te ha dicho que te vayas a tomar por saco — interrumpió Serafín—. ¿O es que además de subnormal eres sordo?

—Uy, uy, uy. Vaya humos que se gasta éste.

—¿Sí, no? Pues además de humos traigo alguna hostia para repartir. Si no quieres ser el agraciado, ya estás tardando en pedirle perdón a Carmen.

—Pero ¿éste tío de qué va? Que estamos de risas, hombre.

—¿Me estoy riendo yo? ¿Se está riendo Carmen? Pues entonces eres un capullo que se ríe de sus propias gracias. O le pides perdón ahora mismo, o sales a la calle.

Los que se habían dado cuenta de que la llama de la disputa empezaba a prender tomaron posiciones en corro alrededor del fuego. Los que todavía no llegaban de uno en uno para unirse al círculo y ver lo que ocurría.

—¿Y si no me da la gana? —se estiró Toni, una cabeza más alto que Serafín.

—Te la doy aquí mismo. Lo que prefieras.

—Venga, va, tengamos la fiesta en paz, Sera —cortó Carmen—. Son bromas. Con muy mala pata, está claro, pero tampoco es para ponerse así. Y a vosotros —les dijo a Toni y a José Carlos— ya os vale a estas alturas, joder. Madurad de una vez.

Algunos amigos del círculo se animaron a aportar sus propias ideas conciliadoras en la misma línea: que se habían pasado, que no tenían ninguna gracia, pero que no era para tanto. Carmen alegó, además, que era una faena hacerle algo así a Inés en su boda. Rogó a Serafín que, por favor, se calmara.

—Son códigos entre nosotros, no los malinterpretes. A mí, por ejemplo —dijo José Carlos, señalándose la nariz—, me llaman el Aguilucho. Y a Nati la Boquitadepiñón. ¿Y qué?

—Sí, ya. Los morros y la nariz. El coño de tu puta madre.

Después de beberse la copa en unos pocos tragos, largos, la ira fue pasando por el esófago en silencio para dar lugar a una rabia triste. La sensación de haber perdido algo sin remedio, algo irrecuperable. Sin ningún respaldo, siquiera el de Carmen, para favorecer su propia defensa, Serafín se aferró a una nueva copa y siguió apestándole sorbos.

Al cabo de un rato, cuando la bravata no era ya sino una anécdota más en una noche plagada de sucesos, Serafín observó desde la barra cómo Carmen se reía con Toni, con José Carlos y con todos los demás, como si nada. Bailaba y charlaba con ellos como si no la hubieran ofendido en lo más profundo y él no hubiera sufrido un dolor físico en la

espalda, agudo, como si le hubieran descargado sobre los riñones una piedra de escollera. Carmen riéndose después con Toni; o mejor dicho: riéndole la gracia a Toni. Una Carmen nueva, extraña. La piel verde de un monstruo que asoma por un descosido del traje.

III

Mientras Carmen se prepara para comenzar sus ejercicios de relajación, Serafín se quita el traje, lo deja sin mucho cuidado sobre el galán de noche —un hombro más alto y adelantado que el otro, una figura contrahecha sobre la percha— y se tumba en la cama. Dispone de un par de horas antes de que suene el despertador y los asuntos del día le exijan estar en condiciones muy distintas. La imagen del sujeto que ha atropellado se le ha fijado con tinta indeleble: su cara iluminada por los focos del Range Rover, los ojos asustados, las barbas y cabellos canosos a lo Georges Moustaki. Vuelta al otro lado en la cama, no va a ser fácil dormirse. El gabán raído, más abrigado de lo que sería razonable a esas alturas de la primavera. La costra cenicienta sobre su cara, de aspecto similar a la superficie de un tronco. No. No va a ser nada fácil. Ese velo en la mirada de quienes habitan en su propia dimensión. Ha de dormirse, al menos durante un rato.

Suena el despertador del iPhone, lo apaga; dolor de cabeza y angustia. Nada fuera de lo normal; quizá —apenas ha dormido— un poco más agudizado que otros días. Se da una ducha, se pone una camisa recién planchada, traje limpio y corbata, toma un café con azúcar y un paracetamol, con el pelo mojado y peinado hacia atrás.

Cancela algunas visitas que tiene previstas y atiende las llamadas perdidas que supone más urgentes.

Por la reacción de la policía y de los funcionarios del juzgado, Serafín tiene casi el convencimiento de que el asunto del mendigo no le va a acarrear problemas serios. Por suerte para él, no se trata de un concejal, del presidente del colegio de médicos o de un presentador de televisión. De todas formas, quienquiera que fuese esa persona —al menos lo había sido alguna vez—, ya no existía más; había abandonado este mundo para siempre por el único motivo accidental, momentáneo, fortuito, de que él entrara en ese instante por Hernán Cortés en lugar de haber continuado por la avenida como tenía previsto. Tal vez si hubiera conducido más despacio, o si no hubiera ido tan mamado, el hombre estaría todavía vivo. Inconsciente en la barra de cualquier bar, o sentado en una esquina con un cartel de cartón mal escrito junto a un plato con monedas, pero vivo.

Podría ser que el hombre tuviera algún familiar cercano a quien todavía le importara. Por unos instantes le reconforta una idea: él sentado en el modesto salón de una casa con gente atenta a su alrededor, agradecida porque les ofrece una suma de dinero. No demasiado, claro. Al fin y al cabo, habrían dejado que viviera en unas condiciones muy alejadas de la dignidad que se les desea a las personas queridas. También es cierto que, si la policía y el juez se enteraran de sus buenas intenciones, podría disponer mejor sus ánimos hacia él. En la aplicación de Google del

móvil teclea algo. Acto seguido, llama a un número que aparece en color azul en uno de los resultados de la búsqueda.

—Comisaría de policía, dígame.

—Buenos días, mi nombre es Serafín Orduña. Verá, ayer noche atropellé a un hombre en la calle Hernán Cortés. Ya me tomaron declaración en el acto, pero me gustaría, si es posible, hablar con la persona que lleva el asunto.

La mujer que lo atiende al otro lado del teléfono toma nota de sus datos y le comunica que ya lo llamarán.

Cuando Serafín está a punto de sacar el Range Rover de su aparcamiento al día siguiente, le suena el móvil:

—¿Serafín Orduña? Buenos días, soy el inspector Oswaldo Ventura. Me han dicho que quería hablar conmigo.

—Sí, si no le importa. ¿Podría pasar a verle en algún momento?

La comisaría de Reyes Católicos está en un antiguo edificio de estilo militar, la fachada color tierra oscura, sin restaurar, con un portalón para entrada de caballería y un gran patio interior que hay que atravesar antes de acceder a las dependencias. Con el pequeño gesto que suponen esos pocos pasos, Serafín tiene la impresión de haber dado un gran salto, de aproximadamente un siglo, pero hacia atrás. La decoración de las dependencias no es ya antigua como el exterior, sino simplemente vieja, rancia: mobiliario gastado de décadas atrás, paredes blancas con un enorme zócalo pintado en gris y otro más pequeño, del tamaño de un rodapié, en negro, todo iluminado de forma mortecina